



Número de 4 páginas

Sobre la muerte de Joselito

La muerte... de Joselito vuelve a plantear el problema de esa salvajada a la que algunos llaman fiesta nacional. Los puntos suspensivos después de muerte responden a un adjetivo que no supimos hallar. ¿Trágica? No; ahí no hay verdadera tragedia porque no hay choque de pasiones. ¿Fatídica? No, no hay fatalidad, pues cabe prevenirla. Acaso sería mejor llamarle suicidio. Porque en rigor es un suicidio. Un suicidio posible y probable.

¿Las causas? ¿Afán de gloria? Acaso algo... Pere más deseo de hacer pronto una fortuna sin trabajar. Porque exponer la vida durante unas horas al año no es trabajar.

Joselito muere millonario, y otros muchos habiendo trabajado muchísimo más que él, habiendo trabajado de verdad, se mueren de accidente de su trabajo sin dejar nada a sus hijos o a sus padres.

Al poco de saberse la muerte espectacular del diestro, un estudiante de Derecho exclamaba: «Siento esta muerte más que sentiría la de Cajal, porque, vamos a ver, ¿para qué sirve la histología? ¿qué utilidad práctica tiene la histología?» Y en cuanto al toreo, la cosa está clara, su utilidad práctica e inmediata es innegable. Consiste en divertir y recrear a los que son incapaces de divertirse y recrearse con otra cosa más fina y elevada—la histología, por ejemplo,—y en dar argumento de conversación a los que no encuentran otra cosa de qué hablar y de qué discutir en la historia de hoy, en nuestro mundo actual. Porque si les quitan las corridas de toros, ¿de qué van a hablar? ¿Del estado de Alemania? ¿Del bolchevismo? ¿De la huelga en Francia? ¿Del sindicalismo? «No, no me hable usted de esas latas!» «No me hable usted de la guerra!» «No me hable usted del sindicalismo!»

Pero todo lo que prediquemos contra esa salvajada de las corridas de toros—y aún peor que el bárbaro espectáculo mismo es la estultificación, el atontamiento que trae a las inteligencias al ocuparse en comentarlo,—todo lo que contra ella declamemos será en balde. Después de esta triste muerte, de ese verdadero suicidio que se da en espectáculo a un pueblo consciente, volverán los aficionados a la plaza, y acaso con el secreto anhelo de presenciar otro suicidio. Volverán los «inteligentes»...

¿No es un sarcasmo que se llame inteligentes a esos? De una inteligencia córneá...

¿Pero es que no acabará esa fiesta? Sí, se acabará. Pero acabará con ello el progreso económico, el adelanto de la ganadería. Porque aquí es donde está el nudo del problema. La persistencia de las corridas de toros depende de la persistencia de las ganaderías de reses bravas, y ésta del atraso económico.

Obsérvese que la adición a los toros es menor en aquellas regiones en que la ganadería progresa en sentido más moderno y más racional. A un aldeano gallego que vive de sus vaquillas le molesta ver atormentar a un toro. Las tierras de dehesas de reses bravas—en las que se incuba la langosta—son las de los latifundios y las de los jornales misérrimos a los obreros de campo. Los toros de lidia se comen a los hombres antes de matar a sus matadores; los toros de lidia ayudan a la despoblación de España.

Es algo así como fué en sus tiempos el cultivo en Inglaterra de la zorra. Para que los *sportmen*, los señoritos, se divirtiesen cazando zorras, se criaba este animalito para daño de los que criaban gallinas. Como ahora aquí, en España, hay quien para poder cazar conejos tiene cotos de ellos, vedados de caza, de donde esos conejos salen a destrozar los sembrados de los pobres labradores vecinos. Y de las dehesas de toros de lidia, como, decíamos, salen las langostas.

Sí, sí, está muy bien que se combata a las corridas de toros como espectáculo de barbarie; pero la mayor barbarie está en que la cría del ganado bravo es con efecto y a la vez una causa de una lamentable economía agraria. Despuebla los campos, encarece la carne, mantiene en atraso la ganadería y favorece la gaudulería. Para ser ganadero de reses de provechamiento común, para carne, para leche, para labor, hace falta unos conocimientos y una inteligencia de que no se precisa para criar toros de lidia. Para ser ganadero de reses bravas no hace falta más inteligencia que para ser «inteligente» en toros.

Este verano volverá a plantearse el conflicto agrario en tierras de Andalucía, en esas tierras de que salió el pobre e infortunado Joselito. Exigirán mayor salario los que no se resuelven a exponer su vida ante un toro para hacerse millonarios, los que quieren trabajar. Y acaso más de un rico terrateniente quiera resolver el conflicto arrancando a la producción de cereales tierras para dedicarlas a la cría de reses bravas, pues con esto se aumenta el número de toros y se disminuye el de hombres.

Esta muerte de Joselito es un incidente de la terrible lucha entre los amos de la tierra y los siervos de ella.

Miguel de UNAMUNO.

O. C. tomo XI

[El Mercantil Valenciano,
Valencia, 21.V. 1920]

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CREDOS.USAL.ES